

LECCION V

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA.

La historia en la escuela primaria. — Objeto de la enseñanza de la historia. — Influencia de la historia en el desarrollo de la inteligencia. — Caracteres y límites de esta enseñanza. — Nociones fundamentales de la historia. — Dos sistemas de distribución de materias. — Ventajas é inconvenientes del antiguo sistema. — Programa actual en Francia. — Lo que se llama método regresivo. — Antaño y hogaño. — Método general que hay que seguir. — Defectos ordinarios de la enseñanza de la historia. — Deseos del cuerpo docente en Francia. — Lo que se puede llamar la intuición en historia. — Una lección sobre el feudalismo. — El libro. — Los sumarios y los relatos. — El papel del maestro. — El del discípulo. — Procedimientos accesorios. — La historia y la instrucción cívica. — La historia y la geografía. — Conclusión.

La historia en la escuela primaria. — Hace veinte años la historia no había entrado en las escuelas primarias de Francia (1).

Aun en el tiempo de los grandes proyectos, en la época heroica, es decir en la Revolución francesa, los organizadores más atrevidos de las escuelas francesas, Talleyrand y Condorcet, no incluyeron la historia en sus programas. En el ardor de su lucha con el antiguo régimen, en su entusiasmo, á veces fanático, por el nuevo orden de cosas, los primeros revolucionarios llegaron casi á creer que la historia de Francia había empezado el 5 de Mayo de 1789. ¿Para qué recordar un pasado abolido para siempre? ¿Para qué

(1) Si en las de España. N. del T.

contar la larga historia de la monarquía francesa? Esta historia había desaparecido en la noche del 4 de Agosto con los abusos y los privilegios.

Así, en los planes y en los decretos de esa época que concedían un lugar á la enseñanza de la historia, no se habla más que de la historia de la Revolución; en el proyecto de Romme « de los rasgos y anécdotas de la Revolución »; y en la ley del 27 brumario, año tercero, « de la historia de los pueblos libres ».

Estos prejuicios que, con el pretexto de amar la Revolución, conducían al olvido de todo lo que la había precedido, han desaparecido por fortuna. En 1833, un historiador, M. Guizot, introdujo la historia de Francia en las escuelas primarias superiores, bien que, con un prejuicio inverso, fuese excluido del programa la historia contemporánea. En 1867 otro historiador, M. Duruy, realizó la misma reforma en beneficio de las escuelas primarias, y la ley de 10 de Abril de 1867 añadía á las materias obligatorias de la enseñanza los elementos de la historia de Francia, que la ley de 1850 comprendía solamente entre las materias facultativas. En fin, la ley de 28 de marzo de 1882, al enumerar las diversas partes de la instrucción primaria, incluye en ellas la historia y particularmente la de Francia *hasta nuestros días* (1). »

Objeto de la enseñanza de la historia. — Cuando se enseña la historia á los niños se hace con el fin de desarrollar sus sentimientos patrióticos y de formarlos para las virtudes cívicas. La historia es, en efecto, una admirable escuela de patriotismo. Gracias á ella la patria deja de ser una fría abstracción y se convierte en un ser viviente y real cuyo destino sigue el niño á través de los siglos, enorgullecido por sus éxitos y emocionado y enternecido por sus reveses.

(1) La enseñanza de la historia forma parte actualmente del programa obligatorio en la mayor parte de los países civilizados. Francia no ha hecho en este punto más que adoptar ejemplos de otros países. En las escuelas de los *Hermines* se concede un puesto insignificante á la historia.

Instruido de los principales sucesos de la historia nacional y familiarizado con los nombres de los personajes ilustres, el niño creará entrar en una gran familia á la que amaré tanto más cuanto mejor la conozca, y se sentirá comprometido á defender la herencia de sus padres, sabiendo con cuántos sacrificios la han adquirido y conservado. Cuando un relato fiel de los nobles ejemplos haya nutrido su imaginación, se encontrará pronto á imitarlos.

Influencia de la historia en el desarrollo de la inteligencia. — La historia ofrece todavía otras ventajas. Aun reducida á sus elementos más sencillos y puesta al alcance de los niños, contribuye á emancipar la razón y á formar el juicio. Entre el hombre ignorante, cuyo pensamiento no va más allá del horizonte de los sucesos presentes y el que, aun medianamente instruido de la historia de su país, tiene alguna idea del curso de las edades, media un abismo. Hay estudios de los que se puede decir que son libertadores de la inteligencia, y la historia, con las ciencias, está entre ellos en primera fila. ¡Cuántos retrasados verían desvanecerse sus preocupaciones si la historia, inteligentemente estudiada, les presentara el espectáculo de los cambios realizados y de las maravillosas transformaciones que han renovado la faz del mundo! ¡Cuántos aventureros y sectarios curarían de su locura si se les pudiera enviar por unos meses á la escuela para hacerles tocar con el dedo en la historia la lentitud necesaria del progreso social! La historia infunde paciencia á los que no la tienen y esperanza á los que la pierden. Por una parte da alas á la imaginación y por otra los conocimientos históricos son como un lastre que equilibra la inteligencia y modera el juicio.

Caracteres y límites de esta enseñanza. — En la escuela primaria no se puede abordar el estudio de la historia universal. La historia nacional debe ser el único objeto de la enseñanza. Los hechos de la his-

toria antigua y de la historia general no serán introducidos en ella más que en razón de sus relaciones íntimas con la historia de nuestro país y en cuanto explican y ponen en claro los destinos de la nación de que se trate (1).

Importa además que la historia sea estudiada desde el principio hasta el fin. En las escuelas norteamericanas se sacrifica casi por completo la edad media, lo que se concibe en un pueblo joven que data apenas de un siglo, pero no en las naciones europeas. Nada de lo que han hecho nuestros antepasados debe sernos indiferente (2). La historia de la edad media es, además, particularmente interesante para el niño porque abundan en ella los relatos pintorescos y dramáticos.

El vasto conjunto de la historia nacional no debe ser enseñado al niño por fragmentos y relatos sueltos. Con los principiantes puede acaso ser útil recurrir á las anécdotas y á las biografías, pero hay que obligar al niño lo más pronto posible á seguir el curso de los tiempos y á aprender la sucesión de los hechos por orden cronológico.

« No se proceda con desorden, dice M. Lavissee. Tejé firmemente la trama sobre la cual habéis de dibujar los grandes hechos y las grandes figuras de la historia (3). »

Además de ser completa y regular, la historia debe ser sobria, sin dejar de ser interesante y agradable (4). En la escuela sobre todo hay que evitar la sequedad de una simple nomenclatura cronológica y la abun-

(1) « Las nociones de historia universal serán el complemento natural de la historia patria, pues no se sabe la historia del país sin aprender qué lugar ocupa en el mundo. Además los niños deben aprender cuáles son los intereses de su país, qué peligros le amenazan, qué esperanzas puede abrigar y qué deberes le están impuestos. » (M. Lavissee, *Histoire générale*).

(2) M. Dagnet pide que no se deje en el olvido la historia del pueblo, de las clases laboriosas, como sucede aun en los libros más completos, donde no se trata más que de los príncipes y de los reyes.

(3) « En una historia destinada á los niños importa mucho menos decirle todo que no olvidar nada esencial. » (Zévort, *Histoire de France*).

(4) Artículo *Histoire* del *Dictionnaire de pédagogie*.

dancia de una erudición demasiado rica. Debemos atenernos á los grandes hechos para evitar el cansancio y la confusión.

« Los buenos maestros, dice M. Gréard, saben que en historia conviene grabar en la inteligencia de los niños la trama sólida de los grandes sucesos y de las ideas generadoras, sin entrar en los detalles de los hechos accesorios y de las ideas secundarias. »

En fin, sin omitir nada esencial, el maestro escogerá los hechos que más merezcan llamar la atención y ser ampliamente explicados. En esa elección podrá guiarse la definición de Voltaire : « La verdadera historia es la de las costumbres, leyes, artes y progresos del espíritu humano. »

« Suponed que habéis leído con cuidado, dice Spencer, no sólo *Las quince batallas decisivas que se han dado en el mundo* (título de una obra inglesa) sino el relato de todas las batallas que menciona la historia; ¿será por eso más juicioso vuestro voto en las próximas elecciones? »

Nociones fundamentales de la historia. — Los pedagogos ingleses se preocupan, no sin razón, por la dificultad que experimenta el niño para entrar en el mundo de la historia y para comprender sus nociones fundamentales, lo que M. Bain llama los *elementos de la historia* (1). El niño ve desde muy temprano al rededor de sí colinas, valles, corrientes de agua, llanuras, aldeas y ciudades; es, pues, fácil iniciarle en los estudios geográficos. Pero la sociedad, el estado, los poderes públicos, la idea misma del pasado, exceden la inteligencia del niño, reducido á sus sensaciones y encerrado en el círculo estrecho de la familia ó de la escuela.

Por eso los pedagogos ingleses opinan que el profesor de historia dé al principio una corta serie de

(1) *Science de l'éducation*, p. 188.

lecciones orales y tomadas de un buen libro, en las que trate de hacer inteligibles algunas de las ideas fundamentales de la historia : un Estado, una nación, una dinastía, un monarca, un parlamento, la legislación, la justicia, el impuesto, etc. (1). Nunca se condenará bastante semejante método que restablecería, al empezar la enseñanza de la historia, las abstracciones que tanto trabajo ha costado desterrar del comienzo de los demás estudios. Esos pretendidos *elementos históricos* no son más que noticias generales de las que el niño no tiene necesidad para comprender los hechos particulares y para interesarse en los sucesos conmovedores. La historia es ante todo una ciencia de hechos y hay que conservarla ese carácter, sobre todo con los niños. Poco á poco y con el progreso de los estudios, esas nociones, apoyadas en los hechos, se aclararán por sí solas.

Dos sistemas de distribución de materias.

— Es una cuestión delicada la de saber si es mejor el programa antiguo, que consistía en presentar varias veces á los niños de la escuela el conjunto de la historia nacional, subordinando la extensión de sus desarrollos y la naturaleza de las cuestiones á los progresos de la edad y de la inteligencia de los discípulos (2), ó el orden que se sigue en la segunda enseñanza, que consiste en dividir la historia nacional en varios periodos atribuyendo cada uno de ellos á diferente clase.

Ventajas é inconvenientes del antiguo sistema. — Según el antiguo método, se recorría varias veces el mismo camino pero ensanchándole cada vez más, y es imposible desconocer las ventajas de ese sistema que no se debe abandonar por completo. Con la repetición, los hechos se graban mejor en la memoria del niño y además este sistema hace que el niño tenga una idea, aunque incompleta, en el curso ele-

(1) Fitch, obra citada, p. 370.

(2) Organización pedagógica del departamento del Sena, en Francia.

mental, de la historia de su país. Además, como las lecciones se refieren varias veces á los mismos asuntos, pueden ser hábilmente graduadas y adaptadas á la edad de los alumnos.

Pero los inconvenientes de esa repetición son también evidentes. Desde luego hay que temer el cansancio en los últimos repasos, en los que no hay ya nada nuevo para el alumno.

Además es de temer que el maestro, obligado á enseñar de una vez toda la historia nacional, no pueda extenderse en lo que se refiere á las épocas más importantes. Y como la historia no es nada sin detalles, sobre todo para los niños, hay necesidad de dividirla en varias partes á fin de no cargar la inteligencia del niño con una cronología demasiado larga y demasiado complicada.

Programa actual en Francia. — En esas reflexiones parece inspirado el programa de 1882, que organizó en Francia el plan de los estudios históricos.

Damos á continuación el texto de los actuales programas. Se observará que son muy breves, que no entran en detalles y que establecen sencillamente la división de materias, dejando al maestro la libertad de moverse cómodamente en el cuadro que se le traza.

Curso elemental : Relatos y conversaciones familiares sobre los más grandes personajes y hechos principales de la historia nacional hasta el comienzo de la guerra de los Cien años.

Curso medio : Curso elemental de historia de Francia, insistiendo exclusivamente en los hechos esenciales desde la guerra de los Cien años.

Curso superior : Nociones muy sumarias de historia general. En la edad antigua, Egipto, los Judíos, Grecia, Roma; en la edad media y en la moderna, grandes sucesos, estudiados sobre todo en su relación con la historia de Francia.

Revisión metódica de la historia de Francia : estudio más profundo de la época moderna.

Como se ve el sistema actual en Francia es un justo medio entre los dos métodos indicados, que evita los defectos y reúne las ventajas de ambos. Puede, sin

embargo, ofrecer el inconveniente de que los niños, obligados á fijar su atención por mucho tiempo en las épocas más remotas, no tomen un interés muy vivo por el estudio de la historia.

Lo que se llama método regresivo. — Es tan real ese inconveniente, que algunos pedagogos han recomendado un método extraño, llamado en Alemania método *regresivo*, y que consiste en aprender la historia al revés, es decir, empezando por el fin y remontando el curso de las edades.

« En las escuelas primarias de Inglaterra, dice M. Gréard, se empieza el estudio de la historia por la época contemporánea, á fin de sentar la inteligencia del niño en las ideas del tiempo en que debe vivir. »

Es sabido que en geografía se parte de la escuela del pueblo para extenderse poco á poco por el mundo entero, pero en historia no se puede seguir la misma marcha. Hay que resignarse á las condiciones necesarias de cada estudio y sería absurdo querer invertir el orden cronológico.

Antaño y hogaño. — Aprovechemos, sin embargo, de esta tentativa extravagante, una idea justa y práctica; la de que se debe, en la enseñanza de la historia, referir con frecuencia los hechos antiguos á los modernos por comparaciones entre el pasado y el presente. Como se ha dicho, « en la enseñanza de la historia en la escuela, toda lección debe comenzar por la frase « *en otro tiempo* » y continuar con la palabra « *hoy* ».

Método general que hay que seguir. — El orden que debe seguirse es indiscutible; es el orden de los tiempos. Pero ¿cuál debe ser el método?

Digamos desde luego que no debe ser el mismo para los diferentes cursos, pues lo que es posible y de desear con los discípulos adelantados no lo es siempre con los principiantes.

Añadiremos que la enseñanza de la historia, más

que otra alguna, acaso, lleva consigo una gran variedad y una gran libertad de medios. No vamos, sin embargo, hasta decir, con M. Bain, « que escapa, casi, á todo método (1). »

Defectos ordinarios de la enseñanza de la historia. — Los principales que se observan generalmente en todos los países, consisten en que la historia es con frecuencia un ejercicio de simple recitado en el que el libro desempeña un papel exclusivo. El maestro no participa bastante de él por exposiciones orales, explicaciones y comentarios. Además, sea por haber empleado demasiado tiempo en los orígenes, sea por consecuencia de no sabemos qué escrúpulos, los maestros abrevian y hasta omiten la historia de la época contemporánea. Los relatos de batallas tienen aún preferencia sobre el análisis, más útil, de las instituciones y de las costumbres. Por último, los procedimientos, que son el complemento indispensable de toda buena enseñanza, las preguntas, las redacciones, son generalmente descuidados.

Deseos del cuerpo docente francés. — Como expresión de las condiciones que debe llenar una buena enseñanza de la historia, reproducimos los deseos manifestados por el cuerpo docente francés, tomados del resumen oficial de las resoluciones adoptadas con ocasión del congreso pedagógico de 1881.

« Enseñanza por el aspecto, por medio de grabados. — Enseñanza por la explicación de estampas. — Pasar rápidamente por los orígenes. — Trajes, industria: comparación por medio de dibujos y de grabados, de los trabajos de nuestros antepasados con los que se hacen hoy. — Que la historia, hecha todo lo interesante que sea posible, sea enseñada á los niños en forma de biografías y de cuentos. La historia debe ser anecdótica. — La enseñanza de la historia consiste en anécdotas ins-

(1) Es muy exagerado decir como M. Bain que no se puede jamás enseñar la historia á los niños de un modo sistemático. M. Bain conviene, sin embargo, en que se pueden evitar los métodos viciosos, lo que no tiene sentido ó equivale á decir que hay métodos correctos y normales.

tructivas y agradables contadas por el maestro y repetidas por los discípulos. — La enseñanza dada en forma de *lecciones de cosas* (método *anecdótico y biográfico*) no puede ni debe comprender más que los hechos de gran bulto, las grandes épocas de la historia, y debe ser, sin embargo, *integral*. — Remóntese el curso de las edades al enseñar su historia. — La enseñanza de la historia será solamente oral. — La clase estará adornada con cuadros que representen los grandes hechos de la historia nacional. — Es necesaria una colección de una veintena de grabados que representen de un modo claro los principales personajes de la historia nacional. — La enseñanza de la historia se dará por pequeños relatos que los discípulos deberán reproducir por medio de preguntas preparadas de antemano. Esto servirá para desarrollar en los niños, no sólo la memoria, sino el juicio y las virtudes cívicas.

Lo que se puede llamar intuición en historia.

— Llama la atención, al leer los extractos que preceden, la importancia que las personas competentes dan á los métodos y á los procedimientos que hacen interesante y animada la enseñanza de la historia. Hay que dirigirse también á las facultades de razonamiento y hacer comprender y juzgar los sucesos. No importa tanto saber dónde murió Marcelo, dice Montaigne, como conocer « por qué fué indigno de su deber morir allí ». Es preciso hablar sobre todo á la imaginación y resucitar, por decirlo así, el pasado á la vista del niño. Que el relato del libro, que la lección del maestro tengan bastante relieve y bastante color para que el niño vea en cierto modo las cosas y los hombres de que se le habla.

« Animad vuestros relatos con tonos vivos y familiares, dijo ya Fenelón. Haced hablar á vuestros personajes; los niños, que tienen la imaginación viva, creerán que los ven y que los oyen (1). » En el mismo sentido escribía Guizot: « Es preciso que los personajes históricos se conviertan para los niños en seres reales, vivientes, á quienes ellos amen ú odien, estimen ó rechacen (2). »

Á la intuición de la inteligencia que resulta de un

(1) *De l'éducation des filles*, cap. VI.

(2) Guizot, *Histoire de France racontée à mes petits-enfants*.

relato bien hecho, no es inútil añadir cuando se puede la intuición real de los ojos, enseñando á los niños viñetas y grabados que representen los principales personajes y las grandes escenas de la historia.

« Ocho ó diez grabados bien hechos, con ó sin color, dice M. Buisson, enseñan más á los niños que muchas páginas de descripciones. Una vista de las pirámides de Egipto; una reproducción de los monumentos, de las embarcaciones, de las armas y de los trajes de Roma ó de Grecia, animan y sostienen singularmente el relato del maestro y son como una lección de cosas transportada al más lejano pasado (1). »

Pero las estampas no son más que un accesorio y el cuidado de animar la historia y de hacerla interesante para el niño corresponde sobre todo el arte del maestro ó del escritor.

« En los primeros años, dice Mme Pape-Carpantier, la historia debe ser presentada á los niños en forma anecdótica. Los hechos que se cuenten, no sólo deben ser escogidos desde el punto de vista moral, sino presentados de una manera animada y pintoresca. El maestro debe poner en ellos algo de esa acción que se recomienda al orador á fin de que su relato quede impreso en la imaginación de los alumnos. Los niños prefieren siempre lo dramático de los relatos. Debemos dar movimiento á nuestras figuras, hacerlas hablar, obrar, vivir, en una palabra... Convendría que cada hecho por separado estuviese en lo posible acompañado de un cuadro de las costumbres contemporáneas del mismo hecho, por ejemplo, la vida misteriosa de los druidas en los bosques que cubrían en otro tiempo el suelo de Francia (2). »

Una lección sobre el feudalismo. — Para hacer comprender cómo puede un maestro hábil animar una lección de historia, aun versando sobre un asunto difícil, é interesar en ella á la clase entera por descripciones elocuentes y por dibujos en el encerado que hagan el pasado claro y viviente por una llamada constante á la práctica ó á la razón del niño, lo mejor será citar un ejemplo que tomamos de M. Lavissee.

(1) M. Buisson, *l'Instruction primaire à Vienne*, p. 181.

(2) *Manuel de l'instituteur*.

Se trata de una lección dada en París, en el *fau-
bourg Saint-Antoine*, en una clase de niños de ocho años :

« Llegué en el momento en que el maestro empezaba una lección sobre el feudalismo. No sabía el tal su oficio, porque hablaba de la herencia de los beneficios y los niños de ocho años á quienes se refería le oían con la mayor indiferencia. Entró M. Berthereau, director de la escuela, interrumpió la lección y dijo, dirigiéndose á toda la escuela : « ¿ Hay aquí alguien que haya visto un castillo del tiempo del feudalismo ? » Nadie respondió. El maestro preguntó entonces, dirigiéndose á uno de aquellos jóvenes habitantes del *fau-
bourg saint-Antoine* : « ¿ No has estado nunca en Vincennes ? — Sí, señor. — Pues bien, tú has visto un castillo del tiempo del feudalismo. » He aquí hallado el punto de partida en el tiempo presente. « ¿ Cómo es ese castillo ? » Varios niños responden á la vez. El maestro escoge uno, le lleva al encerado y obtiene un dibujo informe que él rectifica. Marca las almenas de la muralla. « ¿ Qué es esto ? » Nadie lo sabía. El maestro define una almena. « Para qué servían ? » Hace adivinar que servían para la defensa. « ¿ Con qué se batían entonces ? ¿ Con fusiles ? » La mayoría : « No, señor. — ¿ Con qué ? » Un joven sabio grita desde el fondo de la clase : « Con arcos. » — ¿ Qué es un arco ? » Diez voces responden : « Es una ballesta. » El maestro sonríe y explica la diferencia. Después dice cuán difícil era tomar un castillo con arcos y hasta con las máquinas de aquel tiempo, por ser las murallas tan altas y anchas, y continúa : « Cuando seáis obreros y viajéis por vuestro trabajo ó por placer, encontraréis ruinas de castillos como el llamado Montlhéry y otros de las cercanías de París. En cada uno de ellos había un señor. « ¿ Qué hacían todos estos señores ? » Toda la clase responde : « Se batían. » Entonces el maestro pinta la guerra feudal, coloca á los caballeros en sus monturas y los cubre con sus armas. « Pero no se toma un castillo con corazas ni con lanzas. Así es que la guerra era interminable. ¿ Y quién sufría sobre todo por la guerra ? Los que no tenían castillos ; los campesinos que, en aquel tiempo, trabajaban para el señor. Se quemaba la choza de los campesinos del señor contrario. ¡ Ah ! ¿ Me quemas mis chozas ? decía éste ; pues voy á quemarte las tuyas. Así lo hacía y ardían no sólo las chozas sino también las cosechas. ¿ Y qué pasa cuando se queman las cosechas ? ¿ Se puede vivir sin comer ? » Toda la clase : « No, señor. » — « Entonces fué preciso encontrar un remedio. » Habló de la tregua de Dios y la comentó así : « Era aquella una ley singular. Era como decir á los bandidos : « Estaos quietos desde el sábado por la noche « hasta el miércoles por la mañana, pero el resto del tiempo

batíos, quemad, robad, matad.» « ¿Estaba loca aquella gente? » Una voz: « Por de contado. » Pues no, no estaba loca. Escuchadme bien. Aquí hay perezosos. Hago lo que puedo por que trabajen toda la semana, pero me contentaría por mitad con que lo hiciesen hasta el miércoles. La Iglesia hubiera querido que no se batieran, pero como no podía obtenerlo, trató de que se estuvieran quietos la mitad de la semana. Siempre iban ganando algo. Pero la Iglesia no logró su fin. Hacía falta la fuerza contra la fuerza y fué el rey el que hizo entrar en razón á los señores. » Entonces el maestro explicó que todos los señores no eran iguales y que había por encima del dueño de un castillo otro más poderoso y más elevado que habitaba en otro castillo. Dió una idea casi exacta de la escala feudal y en la cima colocó al rey. « Cuando las personas se baten, ¿quién las detiene? » Respuesta: « Los guardias de orden público. — Pues bien, el rey era un guardia de orden público. — ¿Qué se hace con los que han herido ó matado á alguno? » Respuesta: « Se les juzga. » — Pues bien, el rey era un juez. ¿Se puede pasar sin gendarmes y sin jueces? — No, señor. — Pues bien, los antiguos reyes eran tan útiles como los gendarmes y los jueces. Han hecho mal después, pero empezaron por hacer bien. ¿Qué digo tan útiles? Mucho más, porque entonces había más bandidos que hoy. ¿Eran feroces aquellos señores, verdad? » La clase: « Sí, señor. — Y el pueblo, hijos míos, ¿valía más? » Respuesta unánime y en tono convencido: « Sí, señor. — Pues bien, no, hijos míos. Cuando se les soltaba, las personas del pueblo eran terribles también. Mataban, robaban, incendiaban y asesinaban á las mujeres y á los niños. Pensad que no conocían el bien ni el mal. No se les enseñaba ni á leer (1). »

El libro. — Hay mucha diferencia entre esta enseñanza variada y atractiva y el método que con frecuencia se usa, que consiste en hacer leer un libro y, á veces, en hacerle aprender maquinalmente de memoria.

Entre los *Hermanos de las Escuelas Cristianas*, la lección se reduce de ordinario á leer en el libro lo que es objeto de la lección. El maestro da sucesivamente las explicaciones necesarias. La *Conduite des écoles chrétiennes* admite, sin embargo, que el maestro tome la palabra en algunos casos y cuente con el mayor

(1) *Revue des Deux Mondes*.

interés posible y en detalle el suceso que se trata de estudiar (1).

Lo que el reglamento de las escuelas cristianas no parece autorizar sino como excepción, debe ser, según nosotros, la regla general (2).

El maestro debe intervenir lo más posible, ya por conversaciones familiares, en la clase de párvulos, ya por una exposición seguida con los discípulos mayores.

No pensemos, por otra parte, en proscribir el libro, que en historia sobre todo es necesario para la exactitud de los datos y la memoria de los hechos. Sería imprudente entregar al niño á los azares de la memoria y á los errores posibles del cuaderno de notas.

En defecto de libro especial, como en Alemania, conviene al menos que el libro de lectura, « esa enciclopedia de la escuela primaria » contenga las nociones históricas cuyo conocimiento se juzgue indispensable (3).

Mejores todavía son los libros elementales de historia, hechos expresamente para las escuelas primarias, que evitan la aridez, las largas nomenclaturas, las genealogías, los detalles superfluos, y « dejan á los niños impresiones de conjunto, ideas claras y afición á la historia.

Los sumarios. Los relatos. — Un libro de historia elemental debe comprender por lo menos dos partes esenciales; de un lado los sumarios ó resúmenes, y de otro los relatos.

Los resúmenes deberán ser tan completos y al mismo tiempo tan breves como sea posible (4).

El discípulo los aprenderá de memoria, porque hasta en historia hay algo que confiar al relato literal. El resultado de esos resúmenes es asegurar la preci-

(1) *Conduite des écoles chrétiennes*, p. 57.

(2) El gran instrumento del maestro será siempre la lección oral.

(3) Véase *l'Instruction primaire à Vienne*, de M. Buisson, cap. VIII. Todos estos párrafos han sido copia los por M. Braun, obra citada, p. 438 y siguientes.

(4) Los sumarios y los resúmenes son cosas diferentes para algunos autores franceses. En esta obra se usan indistintamente ambas palabras.

sión de las ideas y establecer en la inteligencia del niño la sucesión rigurosa y el orden de los acontecimientos. De este modo se huye del método de las anécdotas incoherentes y de las biografías sueltas, que no es aceptable sino para los niños pequeños.

Los relatos no serán muy numerosos en un libro de historia elemental. No deben ser aprendidos de memoria y tienen que ser objeto de una lectura atenta, animada por las explicaciones del maestro y por las respuestas de los discípulos. Los relatos son los que interesan al niño en el estudio de la historia, pues encuentra en ellos los retratos de los grandes hombres, las costumbres, los buenos ejemplos y todo lo que caracteriza á las diversas épocas.

Naturalmente, además de los resúmenes y de los relatos, el libro de historia tiene también un texto, más ó menos extenso, en el que los sucesos son presentados por su orden, con las reflexiones que sugieren. En un libro de historia menos elemental ese texto constituye él solo toda la obra.

El papel del maestro. — Nunca se repetirá bastante que al maestro corresponde el papel principal en la enseñanza de la historia.

« Hace mucho tiempo que Lhomond ha dicho que el mejor libro es la palabra del maestro. No pedimos por eso que afecte pedantismo, pues el maestro que se escucha tiene pocas probabilidades de hacerse escuchar. Lo que recomienda Lhomond es dar explicaciones sencillas y sobrias, precedidas ó seguidas de preguntas que las aclaren (1). »

El maestro debe explicar y comentar el libro, pero debe también pasarse sin él para hacer por sí mismo el relato de un suceso ó de una época. En el curso superior, sobre todo, sustituirá con la palabra viva á la lectura muerta y con frecuencia no comprendida. Si quiere prepararse de antemano y saber exacta-

(1) M. Gréard, *l'Enseignement primaire à Paris*.

mente lo que va á decir y en qué orden, su palabra valdrá más que el mejor de los libros.

El papel del discípulo. — El discípulo de historia no debe ser solamente un lector ó un oyente atento; hay que enseñarle á hablar y á contar por sí mismo lo que ha aprendido en el libro ó del maestro. Ninguna enseñanza se presta más á las preguntas y al ejercicio de la palabra. El discípulo, como recomienda Gréard, debe hacer el resumen de la lección oral. También debe hacer pequeños ejercicios escritos de redacción sobre los asuntos estudiados en clase, á fin de que su trabajo personal se añada al del maestro y para que la historia no sea para él, como muchas veces sucede, una lectura fácil, hecha con distracción y sin provecho serio.

Procedimientos accesorios. — La imaginación de los pedagogos y, sobre todo, la de los editores, ha multiplicado los inventos de todas clases para facilitar el estudio de la historia. Contamos poco, en general, con esos procedimientos auxiliares, como los cuadros sinópticos y los cuadros genealógicos. Sin embargo, algunos pedagogos autorizados recomiendan el uso de los cuadros murales.

« No será inútil, dice M. Pécaut, que el maestro componga él mismo dos cuadros cronológicos muy sucintos; uno de 28 ó 30 fechas y hechos principales, para la primera clase, y otro de 10 ó 12 fechas y hechos para la segunda, teniendo cuidado de escribirlos en caracteres gruesos y colgarlos en la pared, á la vista de los discípulos. Una vez grabados en la memoria, esos cuadros proporcionan puntos de partida para orientarse en las lecturas y almacenar los hechos en un orden suficiente (1). »

Lo que tampoco se debe desdeñar es los grabados en todas sus formas. « Es de desear, dice M. Buisson, que las estampas populares se salgan de su repertorio trivial y se hagan un medio de difundir los conocimientos útiles, sobre todo la historia.

(1) Informes de inspección general en Francia, 1879-80, p. 95.

La historia y la instrucción cívica. — La historia es el prefacio natural de la instrucción cívica, es decir, de las nociones relativas á la constitución actual de la sociedad en que el niño vive (1).

« Los americanos, dice M. Buisson, enseñan la historia con relación á la educación política. Sus libros de lectura contienen numerosos trozos sobre las repúblicas antiguas. En los tiempos modernos insisten sobre todo en las instituciones políticas y sociales... Se da como ejercicio á los alumnos asuntos como este : Paralelo de Pitt y de Washington (2). »

« Ciertos pedagogos, dice M. Braun, piensan que la historia y la instrucción cívica deben estudiarse la una con la otra (3). »

Sin llegar á confundir estas dos enseñanzas no se deben olvidar las relaciones que las unen. La instrucción cívica no debe ser más que el coronamiento de los estudios históricos. Al contar con imparcialidad la historia de su país, el maestro deberá orientar su enseñanza en el sentido de la educación política que conviene dar á los niños.

La historia y la geografía. — La historia tiene relaciones más íntimas aún con la geografía. No se puede separar el relato de los sucesos históricos de la descripción del suelo en que se han realizado.

« El maestro, dicen las instrucciones para la enseñanza en el departamento del Sena, trazará en el encerado y hará trazar á los discípulos el mapa de Francia en las principales épocas de nuestra historia. Los sitios, ciudades y lugares diversos de que se habla en los libros serán siempre enseñados en los mapas.

La geografía y la cronología, dice un antiguo refrán, son los dos ojos de la historia, y en efecto, si no se conoce el lugar en que los hombres han obrado es difícil hacerse una idea exacta de su actividad.

(1) « La enseñanza de la historia y de la geografía, á la que se une la instrucción cívica. » Así se expresa el decreto de 27 de julio de 1882, en Francia.

(2) *L'instruction primaire à Vienne*, p. 184.

(3) M. Braun, obra citada, p. 641.

Conclusión. — Así comprendida, la historia es un estudio provechoso y una enseñanza á propósito para los niños. No escuchemos ni á Jacotot, que niega absolutamente su utilidad, ni á M. Bain, que pretende que « de todos los estudios de la edad juvenil, ninguno hay más embarazoso que la historia. » Para interesar á los niños basta que sea clara y viviente, según las expresiones de Guizot, y que se dirija á la vez á su imaginación y á su memoria. Para que les sea útil, debe ser entendida sobre todo como una escuela de moral y de patriotismo. Sería pretencioso pedir que los niños de la escuela conociesen como filósofos las causas y la ilación de los sucesos y que dedujese los principios en que se informan. Es, sin embargo, necesario, en cierta medida, que para el niño del pueblo la enseñanza sea algo más que una simple narración de los hechos y que se le ejercite en juzgar el bien y el mal de las acciones humanas. « La historia no lo es verdaderamente, dice M. Guizot en el prefacio del libro en que la cuenta á los niños, sino cuando se percibe la relación de los acontecimientos que se suceden y cuando aparece en su conjunto como la evolución de un pueblo. » Unamos, pues, por la reflexión los grandes hechos refiriéndolos á los grandes personajes, que son « como las cimas de la historia » ; exijamos que el niño conserve claramente en su inteligencia la sucesión cronológica de los hechos; distingamos con precisión los grandes períodos; y sin dejar de ser sencillos y todo lo elementales que sea posible, recordemos que en historia, como en todo, hay que saber mucho para ser capaz de enseñar bien un poco.